Qara Qūzāq: imágenes y percepciones del espacio

Ingrid Bejarano Escanilla – Universidad de Sevilla

Durante estos diez últimos años, animada por el Profesor G. del Olmo, a quien además debo mi integración en el equipo de investigación de la Misión arqueológica española en Tell Qara Qūzāq, me he dedicado a recoger todo tipo de información acerca del entorno humano de este tell, junto al que se encuentra emplazada la actual aldea, llamada asimismo Qara Qūzāq.

En el valle del Éufrates superior –donde está situado este tell–, como también sucede en la Ŷazīra, los yacimientos arqueológicos (tells o ciudades muertas) y los asentamientos actuales (ciudades o aldeas vivas) se encuentran muy próximos unos a otros e, incluso en muchas ocasiones superpuestos, por lo que se da un ámbito propicio para llevar a cabo estudios interdisciplinares que pueden ayudar a encontrar nexos entre el pasado y el presente.

En nuestro intento de aproximarnos y conocer mejor las formas de vida de los actuales habitantes de la zona, agrupados en pequeñas comunidades agrícolas asentadas en el valle, y después de una estrecha convivencia con ellos, que nos ha permitido mantener largas conversaciones así como adentrarnos en su mundo y modo de vivir cotidiano, nos han llamado particularmente la atención algunos aspectos relacionados con la noción y la imagen que ellos tienen del espacio y del tiempo.

Toda cultura se inscribe en un marco espacio-temporal, que con el paso del tiempo ha ido configurándose condicionado por factores de muy diversa índole; así, la vida de las personas que pertenecen a esta o aquella cultura determinada se articula en torno a su especial percepción del suelo, sobre el que se organizan sus quehaceres cotidianos, y a su particular sentido de valorar su transcurso en el tiempo.

Aunque espacio y tiempo son dos conceptos que resultan difícilmente disociables, en esta ocasión voy a limitarme a exponer algunas de nuestras observaciones en relación con el espacio en el que se desarrolla la vida diaria de los habitantes de Qara Qūzāq.

1. *Origen y asentamiento*

Las tribus que en la actualidad encontramos en el valle del Éufrates superior, en la zona objeto de nuestro estudio, reciben el nombre de *šawāya* (pl. de *šāwī*). Si bien se las considera tribus sedentarizadas, sus hábitos responden todavía a los de las tribus seminómadas, dedicadas al pastoreo, pero que ya cultivaban algunas tierras. Su sedentarización completa es bastante reciente y su origen es incierto, aunque lo más probable es que procedan del Yemen, del Naŷd y del Ḥiŷāz. Tampoco se conoce exactamente el momento de su llegada, aunque posiblemente se establecieron allí algunas tribus árabes antes de la llegada del Islam,

las cuales se mezclaron con una población autóctona que nunca abandonó la zona. Tras un período nómada o seminómada bastante dilatado, es en el siglo XIX y luego bajo el mandato francés, cuando se las impulsa a establecerse y a cultivar las tierras, aunque al principio sea de forma marginal. En la actualidad, el proceso de sedentarización estaba prácticamente consolidado, por lo que el abandono forzoso de sus asentamientos no ha dejado de ser doloroso y hasta traumático para ellos.

2. *El origen del mundo y la tierra habitada*

Los habitantes de Qara Qūzāq cuentan que el mundo fue creado por Dios, quien lo dotó de agua (*māy*) y tierra (*turāb*) para que el ser humano pudiese ganarse la vida cultivando sus tierras y regándolas. El ser humano mismo fue creado por Dios de agua y tierra y Él fue quien les enseñó a los hombres a que construyeran sus casas con adobe.

La tierra está rodeada por un gran mar circundante que la cerca y delimita como si se tratase de una gran isla. Este sentido de insularidad es indudablemente un eco de antiguas concepciones cosmogónicas que, curiosamente, se han conservado y que siguen muy arraigadas. Como anécdota curiosa, recuerdo que para mostrar a los habitantes de Qara Qūzāq la situación geográfica de España respecto de Siria, pensé que lo mejor y más sencillo era recurrir a un mapa que abarcara la cuenca del Mediterráneo. Cuando les señalé en éste la situación de los dos países, algunas personas me objetaron que el mapa estaba mal representado y que veían en él dos errores graves: el primero era el tamaño tan pequeño del mar y el segundo era que sus aguas aparecían representadas rodeadas de tierra, lo cual era imposible puesto que el gran mar circundante precisamente rodeaba la tierra. Fue entonces cuando comprendí su extrañeza en anteriores conversaciones –y antes de ver el mapa– al preguntarme de dónde veníamos: cuando yo les contestaba que del otro lado del mar me decían que eso era muy extraño, puesto que más allá del mar no vivía ningún ser humano. Cuando les aseguraba que veníamos de allí, me preguntaban si en nuestro país había noche y día, sol y luna, cielo y estrellas, y un río como el suyo.

Hasta la llegada de la Misión, tal vez nunca se habían planteado ninguna duda sobre los límites del mundo habitado. Por otra parte, daba la impresión de que su concepto de espacio geográfico estuviera en cierto modo desespacializado, por lo que para ellos las representaciones cartográgicas carecían totalmente de sentido.

3. *El espacio cotidiano y sus límites*

En Qara Qūzāq la imagen del espacio está muy esquematizada y simplificada. Éste es concebido como una serie de líneas que, partiendo de la aldea, la unen a ciertos grupos de localidades con las cuales han establecido vínculos familiares, amistosos, comerciales, etc., y que están en estrecha relación con su vida cotidiana. El espacio se orienta para ellos de tal manera que tiene como punto de referencia el río Éufrates: su curso ascendente y descendente. Más allá de un radio de 40 km la noción de espacio es difusa para la mayor parte de ellos, e incluso norte y sur se identifican a veces de manera errónea con el este y el oeste.

Las aldeas del valle del Éufrates superior sirio están en muchas ocasiones formadas por grupos de casas bien diferenciados unos de otros y que pueden estar separados por una distancia de más de 1 km. Este es el caso de Qara Qūzāq, cuya distribución espacial permitía distinguir tres emplazamientos perfectamente definidos: uno al lado del puente, cerca del río y a la derecha de la carretera; otro en las cercanías del Tell, el más importante, pues estaba casi exclusivamente habitado por la familia del *mujtār* de la aldea; y un tercero constituido por las casas más alejadas del Tell, y que oficialmente recibían desde

hace unos diez años el nombre de *Ŷama'iyya* ("Cooperativa", por existir allí una cooperativa del Estado). Existe en la actualidad un reciente y cuarto emplazamiento, situado a 1 km del Tell, que los habitantes llaman igualmente Qara Qūzāq, y que es el lugar en el que un grupo de aldeanos ha construido sus nuevas casas previendo la inundación de sus antiguas viviendas. A este nuevo emplazamiento se han trasladado hace pocos meses.

Las casas de la aldea cercanas al Tell estaban dispuestas en línea recta, siguiendo más o menos el curso del Éufrates y, orientadas de una manera precisa, tienen todas su entrada orientada en dirección al río.

La vivienda está constituida por los *buyūt* o habitaciones de forma rectangular, independientes unas de otras.

El *ḥawš*, o conjunto de *buyūt*, no está nunca delimitado por un cerco o muro material; sin embargo, existen a veces límites marcados por franjas de terreno batido o ligeramente regado; otros linderos son invisibles, pero conocidos por todos. Para un extranjero resulta al principio difícil saber por dónde está permitido caminar. La norma es que nunca debe pasarse entre dos *buyūt*, ya que en realidad se trata de dos partes de una misma vivienda, sino que hay que rodearlos pasando por detrás del conjunto de casas.

Es curioso ver cómo las aldeas sirias de población curda, situadas algo más al norte, sí delimitan muy visiblemente sus propiedades mediante muros que no sobrepasan el medio metro de altura.

En la distribución del espacio de las viviendas, en las aldeas de una misma zona, puede observarse que los factores étnicos, culturales y religiosos desempeñan un importante papel.

Cuando alrededor de las instalaciones del campamento de la Misión se levantó un sólido muro de ladrillos y cemento, que además sobrepasaba en altura lo usual en la zona, los habitantes de Qara Quzāq se quedaron perplejos y no tardaron en manifestarnos su extrañeza. No pensaban que la tapia pudiera haberse levantado para protegerse contra posibles robos o asaltos de personas extrañas a la aldea, pues para proteger las casas –decían– bastaba con colocar algo azul o de material de hierro oculto en el tejado de las nuevas habitaciones del campamento. Creyeron que la tapia se había construido tal vez para salvaguardar la intimidad y la privacidad de los miembros de la Misión, sobre todo de las mujeres, e incluso para que éstas no se escaparan. Pero para ello no era necesario realizar una obra tan exagerada y gastar tantísimas liras... ¿Para quién se establecía esa absurda e innecesaria señalización? Ellos nos aseguraban que conocían a la perfección las zonas comunes transitables de la aldea y sabían muy bien hasta qué distancia de la vivienda estaba permitido acercarse. Quizá éramos nosotros los que, como extranjeros, no lo sabíamos y teníamos que imponernos unos límites para no ocupar, sin querer, alguno de esos espacios comunes, como hacen los *ŷinn* o geniecillos, que transitan invisibles por la aldea, sin respetar ninguna norma y exponiéndose a que alguien los pise o les eche, sin querer, un cubo de agua encima. La verdad es que la construcción del muro les pareció un gesto muy exagerado que nunca llegaron a comprender. Algunas personas incluso creyeron que se estaba construyendo un nuevo enclave turco, como el que existe a unos 500 m del núcleo principal de Qara Qūzāq y que custodia el sepulcro de un sultán selyuquí, conocido popularmente como "sultán Selim"; otros pensaron que el enclave turco se trasladaba al pueblo. En los primeros meses el muro llamó tanto la atención, que la gente de otras aldeas se acercaba a Qara Qūzāq para verlo. Con el paso de los años, tan sólo siguió atrayendo a los niños de la aldea, que se pasaban los días encaramados al muro, gritando y riéndose hasta llegar a agotar la paciencia de más de un arqueólogo. Esas risas estrepitosas a veces se convertían en llanto cuando algún niño de los más pequeños se caía del muro al interior del patio de la Misión y luego no podía volver a encaramarse a la tapia si no era con la ayuda de alguno de nosotros...

Esa situación, que se repetía tarde sí y tarde no, me traía a la memoria la leyenda de la mítica y misteriosa Ciudad de Cobre, de la que hay continuas referencias en la literatura árabe medieval y cuyos ecos aparecen recogidos también en el Corán. Después de que algún hombre osado conseguía escalar la

imponente muralla que rodeaba esa legendaria ciudad, en el momento en que conseguía divisarla, era presa de una risa histérica y se precipitaba a su interior sin que nadie volviera a saber de él. También me recordaba la muralla de Gog y Magog, edificada en los confines del mundo por Alejandro "el Bicorne", probablemente para separar Oriente de Occidente.

Cuando nos quejábamos del griterío de los niños la respuesta era siempre la misma: el muro era un lugar de juego muy atractivo por esa sensación de riesgo y prohibición que les causaba. La solución –nos aconsejaban– era derribarlo y así los niños se alejarían para jugar de nuevo junto al río, como siempre se había hecho en la aldea.

4. *El río Éufrates: espacio natural y espacio edificado*

La vida de los habitantes de Qara Qūzāq gira en gran medida en torno al río Éufrates, que para ellos es la "fuente de la vida" y cuyas aguas encierran poderes mágicos: «El que bebe de las aguas del Éufrates una vez volverá al río para beberlas de nuevo», reza un dicho popular.

El río, como espacio natural, infunde temor y respeto por la turbulencia de sus aguas en ciertas épocas del año. Por ese motivo hay que tratar de dominarlo y saber ponerse a salvo de sus peligros. Desde muy pequeños los niños aprenden a nadar en él, soportando las bajas temperaturas de sus aguas. Ya de mayores transitan por éstas en sus barcas circulares de hierro transportando personas, ganado o trigo... También se alimentan de su pesca.

El Éufrates nunca representó una barrera física infranqueable para los habitantes de Qara Qūzāq; a esto contribuyó sin duda el que uno de los vados más septentrionales para atravesarlo estuviera situado desde tiempos antiguos en las cercanías de esta aldea. Precisamente los barqueros que controlaban el paso del río (antes de la construcción del moderno puente que une las dos zonas de Siria: Šāmiyya y Ŷazīra) eran algunos hijos del *mujtār* de Qara Qūzāq. El sentimiento de que les pertenecía el control del paso del río y que podían dominar sus aguas mejor que nadie seguía muy arraigado incluso después de la construcción del puente.

En relación con el río Éufrates existen muchos relatos y leyendas, y uno de los que llama especialmente la atención es el siguiente:

Cuando en el segundo decenio de este siglo tuvieron lugar las masivas persecuciones que Turquía emprendió contra los armenios, podían verse, flotando en el río, numerosos cadáveres. Cuentan que de vez en cuando aparecían cerca de las orillas, atrapados entre la vegetación, unos cestitos en cuyo interior había niños de pocos meses. Los habitantes de la zona los recogían y los adoptaban. Lo más sorprendente es que estos niños –todos varones–, al hacerse adultos, se convertían al Islam, sin que nadie en la aldea hubiese tratado de convertirlos a esta religión. Hoy llevan una vida piadosa, dedicada a la oración, y se les considera hombres venerables. El relato hace recordar el pasaje bíblico de Moisés, y el río Éufrates aparece bajo la imagen de lugar de santidad, de tránsito, de refugio y de salvamento, pero donde el extraño siempre necesita ayuda del originario del lugar para salvarse de la fuerza de sus aguas.

En cierta ocasión me comentaban unos *šayjs* que el fracaso de los alemanes y los franceses para establecer el tráfico fluvial por el río fue debido a que como no eran *furatíes* (eufratenses) jamás podrían controlar sus aguas.

En torno a las posibilidades y dificultades para cruzar de una margen del Éufrates a la otra también se cuentan numerosas leyendas. Han ido forjándose algunas historias, difundidas por todo el valle, acerca de la existencia de ciertos puentes y pasadizos subterráneos hoy ya desaparecidos.

Algunos de estos relatos están recogidos en las obras histórico-geográficas y literarias arabo-islámicas de la Edad Media. Seguramente, a partir de una realidad histórica ésta fue adornándose de

elementos más o menos fantásticos para poco a poco confundirse con el mito y la leyenda. Por otra parte, la imaginación popular fue forjando se propia historia oral, algunos de cuyos ecos se han perpetuado en las comunidades agrícolas asentadas en el valle del Éufrates.

Uno de los relatos más repetido es el de la existencia de un pasadizo subterráneo que los habitantes de Qara Qūzāq y las aldeas cercanas sitúan en la fortaleza de Qalʿat Naŷm, a unos 8 km río abajo de Tell Qara Qūzāq, en la margen opuesta.

Este castillo, edificado en época medieval, representa para los habitantes de la zona la imagen tópica de espacio edificado ideal y perfecto, que supera en mucho a las sencillas y pobres casas de adobe que en la actualidad se construyen en esas aldeas. El castillo habría estado provisto de todo tipo de "comodidades": grandes salas de altos techos abovedados, baños que tenían agua fría y caliente, cisternas para almacenar agua con el fin de abastecer a muchas personas, caravansar con tiendas y zonas de descanso para viajeros y acémilas, y lo más atractivo: un excelente mirador desde el que se otea un buen trecho ascendente y descendente del río. Desde esa impresionante altura, la gente del castillo podía observar y controlar los movimientos de sus enemigos y, en las épocas de paz, disfrutaba de la belleza del paisaje por el día o contemplaba el cielo estrellado por la noche: no en vano la fortaleza se llama Qalʿat Naŷm, "Castillo de las Estrellas". ¿Cómo podía faltar en esta fortaleza tan majestuosa y perfecta un puente o un pasadizo subterráneo que permitiera a sus moradores cruzar el río sin dificultad?

En las aldeas de Qalʿat Naŷm, Qara Qūzāq y otros pueblecitos cercanos, cuentan sus habitantes que oyeron contar a sus abuelos, que a su vez lo oyeron de sus padres, que en el castillo existió un puente de piedra y plomo para cruzar el río y del que deberían quedar restos visibles bajo las aguas del Éufrates. Esta creencia podría estar en relación con el hecho de haberse identificado *Ŷisr Manbiŷ* o "Puente de Manbiŷ" (el paso del Éufrates más importante en la Edad Media) con el paso del Éufrates en Qalʿat Naŷm por parte de algunos geógrafos árabes medievales.

Otra leyenda es la que habla de la existencia de un pasadizo subterráneo que, desde el interior del castillo, atravesaba el Éufrates bajo sus aguas para comunicar con una torre palmirena que hay en la otra margen del río y que sería la torre gemela de la mejor conservada de Ṣirrīn. En el interior del castillo puede verse hasta hoy una escalera de piedra que, efectivamente, parece descender por debajo del nivel del suelo. La gente de la aldea de Qalʿat Naŷm cuenta que sus antepasados intentaron seguirlo, pues pensaban que era el pasadizo que atravesaba el río. Les resultó imposible porque las antorchas se apagaban con la humedad de la atmósfera del pasadizo. Se les ocurrió que tal vez podrían realizar el paso bajo las aguas del Éufrates, desde la torre palmirena. El hueco de la supuesta entrada al túnel estaba oculto por las piedras y, al retirarlas, la arena (*raml*) comenzaba a cegarlo, brotando como si fuera el agua de un manantial; por más que se retiraba ésta no cesaba de fluir cada vez con más fuerza, con lo que comprobaron que desde la torre tampoco era posible pasar por debajo del cauce del río.

Los puentes y pasadizos subterráneos para atravesar las aguas son tema recurrente en los relatos de la literatura histórico-geográfica árabe medieval. Las versiones son varias y entre éstas destacan las que se relacionan con la travesía del Estrecho de Gibraltar, el istmo de Sinaí o la confluencia del Éufrates y el Tigris, cuyos ecos aparecen también recogidos en el Corán.

En las aldeas del entorno de Tell Qara Qūzāq la configuración del espacio y su percepción tanto real como fantástica se rige por una serie de elementos que se relacionan con significados opuestos como espacios altos / bajos; abiertos / cerrados; llenos / vacíos; estáticos / en movimiento; de frontera / de tránsito; visibles / invisibles...

En los últimos días de septiembre de este año (1999), las aguas del Éufrates habían comenzado a invadir los campos de cultivo del valle y algunas aldeas habían desaparecido o estaban a punto de hacerlo. Qara Qūzāq, prácticamente abandonada por su población, esperaba quedar oculta en cualquier momento.

El día en que la Misión terminaba de desmantelar su campamento y se disponía a abandonarlo (trasladándolo provisionalmente a la cercana fortaleza de Qalʿat Naŷm) el agua del río golpeaba con fuerza el muro del patio. Algunos niños de la aldea seguían encaramados a él, cantando y gritando como todos los días.